

escritura número ciento trece. En la ciudad de Mercedes, Provincia de Conchucos, el día veintidós de Mayo de mil novecientos veinte, ante el escribano autorizante y testigos que suscribiamos, reados en la Casa Municipal siendo las diez y cinco el Sr. Maestro Secretano en la Cartera de Gobierno don Manuel Cabral hijo, el señor Rafael Flores y los señores miembros del Consejo de Liberación, don José A. Bianchi, don Juan A. Dubagon, don Cayetano Barboza, don Domingo Requena, don Pedro M. Curadom, don Juan H. Flores, don Napoleón C. Simón y el señor M. Que en nombre del Poder Ejecutivo de la provincia y en cumplimiento de sus deberes trescientos setenta y uno de la provincia de Conchucos mes de mayo, declara por su propia y expresa provisión del cargo de Intendente Municipal de la ciudad de Mercedes al ciudadano don Rafael Flores. Dejando así terminado el acto, firma por ante mí y testigos señores don Manuel Cabral hijo y don Fernando Balbastro vecinos, hábiles, doctos. M. Cabral (h). - R. Flores. - José Bianchi. - D. Requena. - J. H. Flores. - Cayetano Barboza. - Juan A.

# RELATOS EN EL MUSEO

II Concurso de Relato Breve del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

CONSEJERA DE CULTURA  
Rosa Torres Ruiz

DIRECTOR GENERAL DE MUSEOS  
Pablo Suárez Martín

DELEGADA PROVINCIAL DE CULTURA  
Mercedes Mudarra Barrero

COORDINACIÓN GENERAL  
M<sup>a</sup> Dolores Baena Alcántara, Directora del Museo Arqueológico y  
Etnológico de Córdoba

TEXTOS  
Primer Premio: Antonio José Rojano Mora.  
Accésit: Rafael Ángel Aguilar Sánchez.  
Mención Especial del Jurado: Miguel Ángel Martínez Muñoz.  
Finalistas: Irene Brea Azcona, Lorenzo Luengo, Julia Martín Ortega,  
M<sup>a</sup> Teresa Morales Rodríguez, Ramón Rodríguez Pérez, Alberto de  
la Rocha Muñoz, Rogelio Rodríguez Cáceres, Javier Serena Garralda  
y María Zaragoza Hidalgo.

COLABORADORES  
Silvia Muñoz Jiménez

ILUSTRACIONES  
Guadalupe Gómez  
Antonio González  
Hisae Yanase

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
ZUM creativos

IMPRESIÓN  
Imprenta Luque

EDITA: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

ISBN: 84-8266-599-5  
Depósito Legal: CO-151-2006

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura  
© de los textos e ilustraciones: los autores

El Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba es uno de los principales referentes en la vida cultural que la ciudad ofrece en torno a su Patrimonio. Junto a las actividades de divulgación y puesta en conocimiento de sus piezas y colecciones, esta Institución viene desarrollando en los últimos años una destacada diversificación de sus propuestas, tendiendo puentes hacia otros ámbitos como la creación artística contemporánea o la literatura. De entre estas actividades, el Concurso de Relatos del Museo Arqueológico, aparejado al Día Internacional de los Museos, ha acaparado gran parte de la atención, con un creciente nivel de participación, una gran acogida social y participantes de calidad literaria sobresaliente.

La iniciativa de establecer un diálogo entre el Museo y la creación literaria parte de la voluntad de recoger, en forma de relatos, las experiencias y ficciones que surgen en el visitante a partir de su presencia en este espacio. De este modo, se pretende ofrecer una visión del Museo en el que éste deja de ser una mera muestra de piezas para convertirse en acicate de la imaginación y la fantasía, un lugar donde la participación activa sirva de base para el conocimiento y el fomento cultural y personal.

Un jurado excepcional, presidido por la Ilma. Sra. Mercedes Mudarra Barrero, Delegada Provincial de la Consejería de Cultura en Córdoba, y en el que también figuraban Javier Lucena Domínguez, ganador del I Concurso de Relato Breve del Museo Arqueológico, en representación de la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de Córdoba, y los prestigiosos escritores Ana Rossetti, Vicente Luis Mora y Joaquín Pérez Azaústre, se hizo cargo de la difícil tarea de seleccionar los relatos que más destacaron por su originalidad y su calidad literaria.

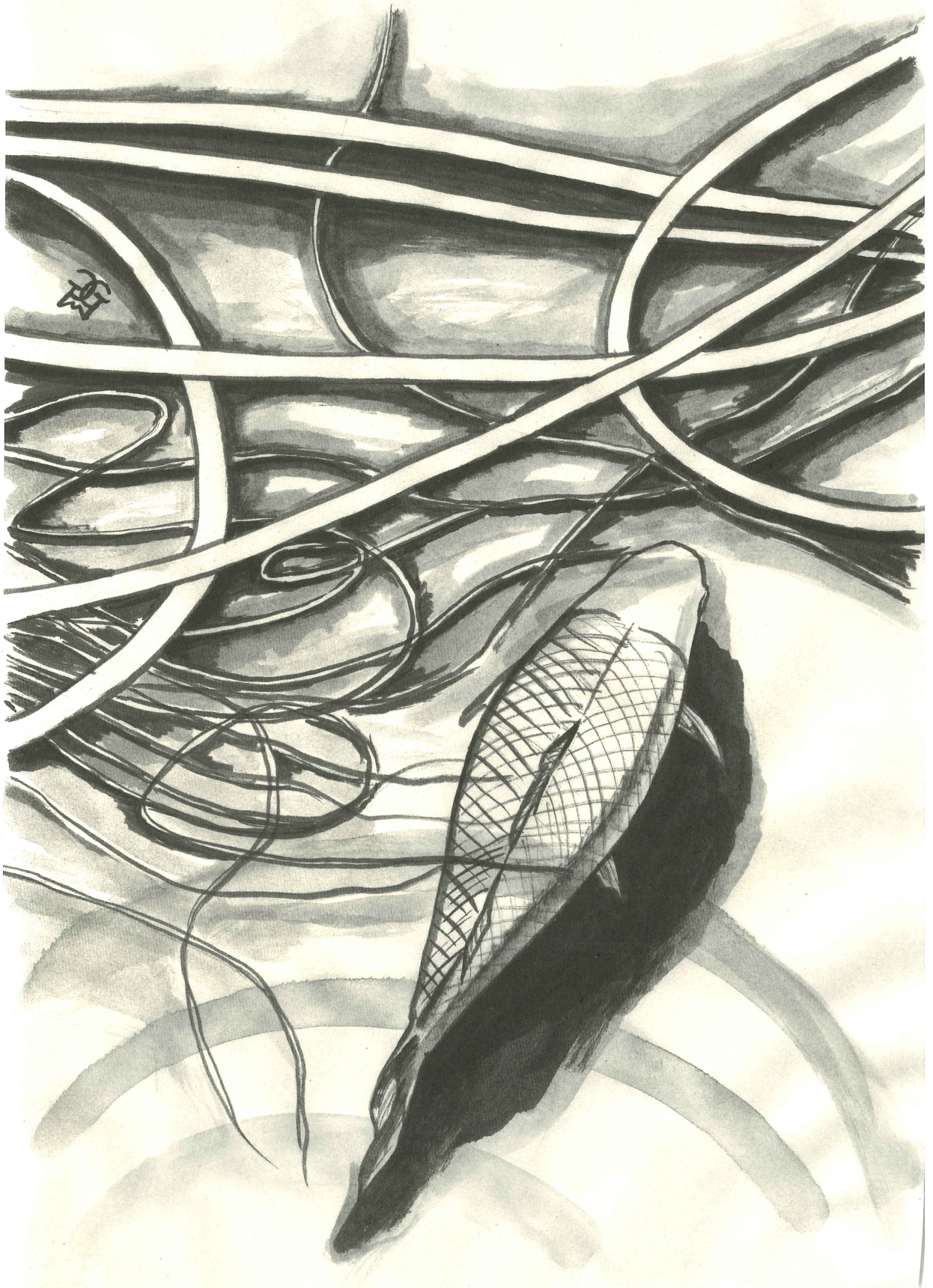
Siguiendo el compromiso establecido en las bases, este libro recoge los relatos premiados y los finalistas del concurso, y nos emplaza a futuras ediciones que sigan incentivando nuestra imaginación y nuestra pasión por el mundo de conocimiento e ilusiones que nos aguardan en el Museo.

**Rosa Torres**

CONSEJERA DE CULTURA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA



- 7 Antonio José Rojano Mora
- 11 Rafael Ángel Aguilar Sánchez
- 15 Miguel Ángel Martínez Muñoz
- 17 Irene Brea Azcona
- 19 Lorenzo Luengo
- 23 Julia Martín Ortega
- 27 Teresa Morales Rodríguez
- 30 Alberto de la Rocha Muñoz
- 33 Ramón Rodríguez Pérez
- 37 Rogelio Rodríguez Cáceres
- 40 Javier Serena Garralda
- 43 María Zaragoza Hidalgo



Antonio José Rojano Mora

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -1º PREMIO-

# La estatua del pez rojo

*"Si el hombre es polvo  
esos que andan por el llano  
son hombres."*

OCTAVIO PAZ

Todo estaba mojado, todo olía a mojado, todo mojaba las manos. Agua rota resbalándose por los aleros, ensartando continuamente los charcos como si de un juego se tratara. Al pequeño Guillermo no le importaba la lluvia. Correteaba bajo ella y disfrutaba de la impresión de sentirla penetrar su carne. Aún, nada sabía de porqué su padre lo había llevado al museo un día tan vacío como aquél. Un martes deshecho después de unas jornadas difíciles en casa, llenas de abrazos y guiños bienintencionados que habían mermado - aun más si cabe - sus diminutas fuerzas.

Ambos llegaron a un patio porticado. El olor a tierra mojada calaba al fondo, muy adentro. Varias esculturas de época clásica, uniformadas a los lados de un crucero, inalterables, eran la única salvaguarda del recinto. Allí estaban Afrodita, Diana, Mitra... Guillermo deambulaba entre los cuerpos con una pesada sensación de temor, pero al mismo tiempo confiado por la permanente cercanía de su padre.

- No te asustes, hijo. Son dioses y hombres de otro tiempo.

Pues debió de ser otro tiempo extraño, pensó el pequeño, otro tiempo en el que los grandes dioses fueron desdichados, convertidos en seres grotescos, en

cuerpos sin rostro. Otro tiempo en el que la erosión de los siglos dolía más que el dolor de cabeza, y éste nunca es agradable para un niño de seis años.

Angustiado por su propia imaginación salió velozmente a resguardarse al raso. Aún llovía. A la izquierda, había un jardín situado en un nivel más bajo, en cuyo centro reposaba un pequeño estanque rectangular. A su lado, un descomunal capitel de estilo corintio, perteneciente a uno de los templos de la ciudad, desafiaba la intemporalidad con la mirada perdida en la tierra. El pequeño se aproximó sigilosamente al borde del estanque como lo haría un explorador, por vez primera, al borde de un abismo. Se mostró ante él, arrodillándose, y contempló el líquido elemento durante unos segundos. Lo vio arder, incendiarse y crepitar desordenadamente bajo la lluvia. Finalmente, todo se apagó.

Nada había allí, sólo agua estancada. Pero un niño puede ver más allá de donde no ven los otros hombres. Más allá de los silencios, un niño también encuentra palabras.

- Mi madre es un pez... Un pez rojo.

- ¡Guille, levántate! Vas a acabar hecho unos zorros.



- Mamá no es un zorro, papá. Es un pez rojo.

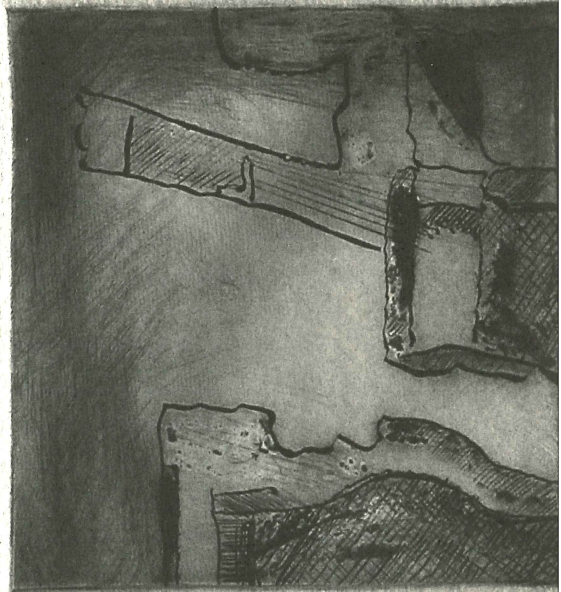
Y aún no pronuncia bien los colores, pensó su padre, pobre Guillermo. Y alzándolo entre sus brazos lo estrechó fuertemente, buscando la salida para volver a casa. Al menos había cumplido lo prometido y había esparcido el contenido de la urna, junto a sus entrañas, donde había deseado su esposa. Porque ella siempre quiso ser de piedra, pura roca, y dejar que la vida y la hierba le crecieran por encima de la cabeza.

- Guillermo, ¿sabes una cosa? A tu madre le gustaba venir por aquí. Ella siempre quiso ser como una estatua, ¿sabes? Tu madre ya es una estatua, ya lo ha conseguido. Es una estatua... de un pez rojo.

Y mientras el niño aún rumiaba las palabras de su padre, miró al cielo y abrió la boca, y sintió el escalofrío de las migajas de lluvia recorriéndole la lengua, lluvia desmenuzada acumulándose al inicio de su garganta, gota a gota, hasta que tuvo suficiente, suficiente mar para un pez de colores.

Y tragó.

Atrás todo quedó mojado. La tierra, la carne, el agua. El polvo, mojado también, ensimismado en su irremediable letargo, fue haciéndose barro.



P/A

Photos de vida

Sanchez

## Abuelo

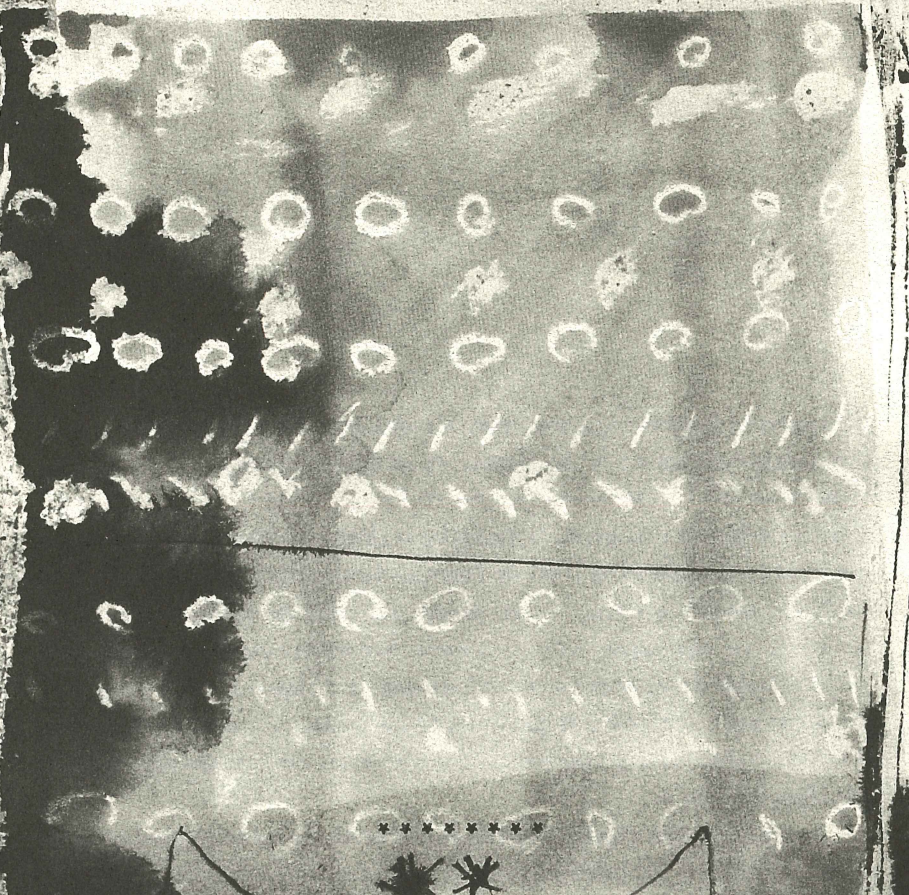
Tengo 89 años, pero jamás me había sentido tan viejo como esta mañana, cuando comprobé con pesar que una parte de mi vida quedaba exhibida como una reliquia arqueológica. Llegué al Museo de casualidad, después de deambular por la ciudad durante toda la mañana en busca de un pasado que ya no existía. “Tu vida es sólo un recuerdo, Manolo”, me decía cabizbajo cuando la azafata de la Feria del Caballo que han montado en la Diputación me entregó el billete para asistir al concurso de morfología equina. Las yeguas embarazadas danzaban en la pista y yo, desde la grada frontera a ese edificio que para mí siempre había sido y sería el Palacio de la Merced, rememoraba las amanecidas pestilentes del año 37 y 38, cuando uno servía en las cuadras de campaña, a cuatro horas del frente, en una guerra que nunca entendió. Ese había sido mi cómodo destino gracias a las influencias póstumas de mi padre, que aunque ya bien muerto para cuando el Tercio asomó en la Península, se las arregló en vida para poner a salvo su prole de la escabechina que marcó mi juventud. En fin.

El caso es que salí de la muestra ecuestre sin rumbo fijo, como era habitual en mí, y no sé cómo fui a parar a la plaza de Jerónimo Páez, que estaba en obras. Era domingo y varios jóvenes leían los periódicos en los veladores del empedrado

y fumaban despreocupados. Estuve tentado de sentarme un rato al sol, incluso de comprar una cajetilla de tabaco y ventilármela a escondidas de mis hijos, como hacía siempre que un vago repunte de mi salud desquebrajada me empujaba a dejar las cuatro paredes en las que consumía los que eran de seguro los últimos meses de mi vida. Mas el Museo estaba abierto. Sentí curiosidad: nunca lo había visitado. Tenía tiempo. Apenas era mediodía y en casa no me esperaban hasta las tres. Crucé varios patios frescos llenos de cabezas mutiladas de emperadores romanos y de restos pétreos de un tiempo mucho más remoto que el que yo había conocido en la mocedad. Ahora sé que entonces, entre mosaicos recompuestos y ánforas descoloridas, me sentí joven: si allí había algún anciano, ninguno tenía mis apellidos sino los nombres de Tiberio y Vulcano, como leí con dificultad en los letreros minúsculos de los bustos expuestos en las salas. Pero tardé poco en volver a ser un hombre provecto y arrumbado por el paso de las lluvias de otoño y los calores de agosto, un simple objeto de análisis en manos de los historiadores concienzudos que hablaban de mis días y fatigas pasadas como si hubieran sido testigos de ellos, porque cuando me esforzaba en distinguir el siglo en el que había sido esculpida la escultura de una diosa latina en una leyenda indescifrable, oí a lo lejos a alguien que citaba con entusiasmo a Alcalá Zamora, a Manuel Azaña y al desdichado doctor Ruiz-Maya. Me acerqué hasta la estancia descubierta y encalada de la que provenían las explicaciones y, entre los perfiles espigados y distraídos de los visitantes del Arqueológico, entreví una placa callejera que nunca imaginé que hubiera salido indemne de la herida infame de la desmemoria. Confieso que tuve que apoyarme en un naranjo para no caer desvanecido por la impresión y que el sudor empapaba mis cabellos canos y casi

traspasaba mi sombrero de fieltro verde. Me temblaban las piernas y tenía miedo, el mismo que me atenazaba esa mañana de abril de 1931 cuando, de vuelta a la Cooperativa para recoger un encargo, tuve la certeza de que los ríos de euforia de quienes celebraban con vivas a la República la colocación de ese busto femenino con el torso desnudo en la plaza de Cánovas del Castillo (hoy la llamamos de las Tendillas) iban a encontrar más pronto que tarde los cauces negros de la muerte. No me equivoqué. “hasta los gatos se han vuelo republicanos”, gritaban los estudiantes de Veterinaria aquella jornada de primavera, seguidos en sus proclamas por pobres infelices que, antes de que pasaran cinco años, abrazarían con igual vehemencia y convencimiento ignorantes las camisas azules y los crucifijos redentores.

Cuando el profesor barbado concluyó su disertación sobre la placa, quienes habían atendido a sus palabras pasaron de uno en uno delante del objeto de estudio y palparon con sus manos limpias de penurias la balanza que sostenía la joven dama de piedra, esa encarnación procaz de un régimen político que, como las hembras con buena talla y poca sesera que yo tanto he conocido, expolían el corazón de aquellos que se atreven a pretenderlas. “Y todos acaban perdiendo”, susurré al ponerme en la fila para tocar, por primera vez y quizás también por última, esa efigie republicana que, cuando llegó la hora suprema, no dudó en abrirse de piernas delante del mejor postor. Creo que ella ha sido la mujer a la que he acariciado con más placer en las últimas décadas: posé mis dedos huesudos en sus senos y lloré cuando constaté que sus pezones impúdicos habían sido cercenados por la misma crueldad que a mí me había condenado ya a la caverna de la historia.



La bibliografía básica sobre el Solutense se encuentra fundamentalmente en las obras de SONNEVILLE-BORDES SMITH (1966), BORDES (1984b) y GAMBLE (1986), donde se encuentran además de abundantes ilustraciones de material de exposición más amplia de los problemas tratados en el capítulo.



# De los nenúfares de la Estigia al Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

Me llamo Elptanseris y soy un pato venido de Grecia, todo comenzó allá por el año 50 d. C., cuando un liberto me habló de las maravillas que por aquél entonces se encontraban en Hispania y tras una invitación majestuosa no pude resistirme a rechazar la oferta de venir a Colonia Patricia para decorar unas suntuosas termas cercanas al río Betis. Pero parece ser que hubo un malentendido, o eso prefiero pensar, pues al final mi función consistió en servir de apoyo a la señora Afrodita, me pregunto en qué habré ofendido yo al Cronida porque me siento como el Atlante soportando su gran carga a esperas de la llegada de Perseo con la cabeza de Medusa. Pero todavía hay algo peor que sustentar durante más de diecinueve siglos este peso, y es que desde que la diosa se aseaba en dichas termas he pasado completamente desapercibido, pues todos los viajeros se deleitan prestando atención a la curvilínea Chipriota y ni siquiera se percatan de mi hercúlea tarea, por lo que hago un llamamiento a todo aquel que pueda leer esto y así le hagan saber mi queja a los responsables de la situación en la que me encuentro, digna de las almas condenadas en el Tártaro y no de un pobre pato cuya única ambición es permanecer en el estanque del museo junto a los nenúfares y carpas. Y, por si fuera poco, me avisan que si hago pública mi reivindicación seré decapitado, aunque de esto último no he hecho mucho caso pues no creo que sean capaces, hace bastante tiempo que no habitan bárbaros por estos parajes ya que todos fueron romanizados.



ॐ

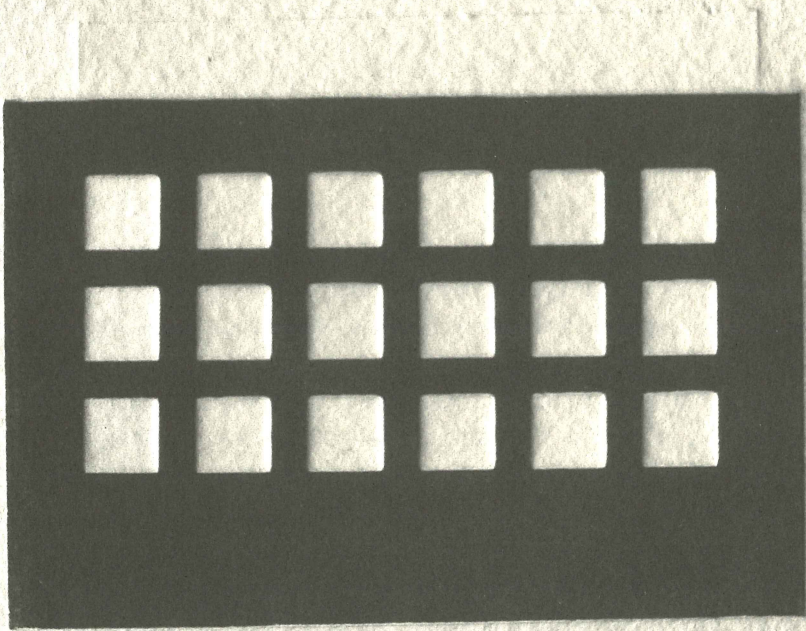
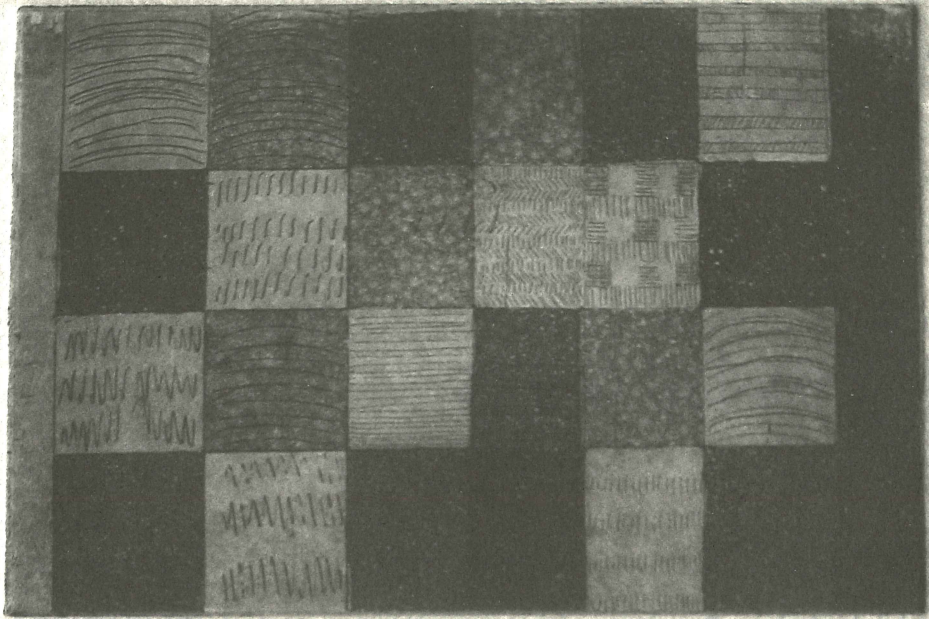


Irene Brea Azcona

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## La ciudad oculta

Un arqueólogo descubre un minarete semienterrado. A medida que excava, surge la ciudad entera: edificios de ladrillo, arcos de herradura, decoración geométrica. Y en el interior, artesanados, bóvedas, yeserías. Hay patios, fuentes y jardines. Una ciudad de ensueño por cuyas calles el arqueólogo se pierde. Hasta que tropieza con una piedra que lo remite a otra época. La ciudad ya no es la misma. Hay un foro en el que se levantan edificios públicos: la basílica, las termas. En el anfiteatro evoca las luchas entre gladiadores o fieras, lo que, a su vez, lo lleva a la necrópolis, a las creencias de los iberos, a su escultura zoomórfica, protectora de los muertos. Y ante la muerte, un vacío de milenios en los que la historia se ve algo desamparada, aunque pueda seguirse su rastro a través de una lanza o una piedra; la más antigua. Esa que devuelve al arqueólogo a la vitrina del museo frente a la cual quiere cifrar el tiempo.



R/A

"geometrias picturas" J. J. J.

Lorenzo Luengo

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## La estela de Ategua

A veces, cuando al fin hemos conseguido someter la cautela del suelo, desventrar sin violencia la tierra y extirparle un secreto, me da la impresión de que el tiempo es sólo un espejismo al que nos aferramos para no ceder al desconcierto que nos suscitarían otras ilusiones, encerradas en nombres difíciles que sin duda pondrían a prueba nuestra comprensión de las cosas terrestres. El sol se precipita sobre la ribera del Guadajoz, aquí en el cortijo de Gamarrilla, templado como una moneda recién acuñada que el horizonte acoge sin esa avidez que sospechamos en las alcancías, convertido de pronto en una hucha que se abre solícita para amparar caprichos que el paso del tiempo elevará a tesoros. El jefe del equipo de arqueólogos, que acaba de llegar del Museo, está examinando bajo los últimos hilos de sol la estela que sólo unas horas atrás hemos desenterrado. Representa una escena funeraria: hay un hombre con una coraza junto a un espejo, armas y quizás un peine; hay un cadáver tendido sobre una pira, junto al que llora un acompañante que se lleva las manos a la cabeza; hay dos animales a sus pies, que sin duda serán inmolados en el sacrificio; hay un siervo del difunto tirando de un carro; hay varios seres que ejecutan una danza fúnebre. No logro ver la expresión de nuestro jefe, pues no estoy lo bastante cerca – por enésima vez en lo que va de día, arrastro este carro cargado de escombros hacia la cantera

—, pero sí puedo presentirla: imagino en ella un deslumbramiento inacallable, aunque también una recóndita tristeza, como la de un padre que sorprende en el rostro de su hija a la mujer que el futuro ha destinado a sus rasgos de niña, alguien que un día huirá de los confines de su protección, de sus deseos y de su custodia hacia algún lugar equívoco al que todo eso no alcanza. Y es que, en el fondo, tal cosa es lo que somos nosotros, los arqueólogos: rescatadores de sorpresas y de agonías. La sorpresa de lo que fuimos y aún somos, junto a la agonía de sabernos apresados por una red, el tiempo, que sólo discurre de modo palpable en las metamorfosis que sobre la naturaleza opera la mano del hombre. Desenmascaradores de la eternidad.

Mi labor en el campamento es otra. Sin embargo, he decidido ser yo quien hoy arrastre el carro porque el titular de esta labor ha sufrido un pequeño accidente al descender a la cantera. Por suerte no es grave. Se ha torcido un tobillo, y ahora su novia lo atiende con la ternura con que se atendería a quien no va a volver de sus heridas, como una enfermera cuidaría a un caído en el campo de batalla, mientras él se deja hacer con la melancolía de los atardeceres, tendido sobre un lecho de zarcillo. Puesto que la integridad de los materiales no peligran con su proximidad, la chica ha decidido traer al campamento a los dos gatos siameses de su novio. Son muy tranquilos y miran hacia las cosas como si las reconociesen, con su aire de esfinges inspiradas, semejantes a faraones depuestos que han regresado al lugar en el que ejercieron su reinado antes de la llegada púrpura de los bárbaros. Los dos gatos y la pareja, con su serenidad lánguida y vivificante, conforman un cuadro que hubiera inspirado epigramas al mismísimo Hesíodo; de hecho, siento que las palabras del griego respiran en este lugar de una forma misteriosa y tácita, tal vez porque los objetos que exiliamos de la clausura de la tierra y el propio Hesíodo convivieron casi en la misma época, o tal vez porque, como escribió el poeta Shelley, nosotros somos los griegos. No sé. El único ruido que evita pensar en este escenario como en algo irreal, algo tejido con esa calidad de bruma que vemos en las revueltas de los ríos, es el aliento esforzado y laborioso que deploran los doce operarios que amontonan piedras al sur del campamento, pasándolas de mano en mano, a la espera de que yo regrese, cargue de nuevo la carretilla y la vacíe otra vez en la

cantera. El ruido se hace más resuelto y cortante, y es ahora un avión que rasga el cielo con una estela que divide en dos bandos a las estrellas. La chica levanta la vista al oírlo, se pasa la mano por el pelo y formula una sonrisa que sólo acierto a divisar porque el sol incide de lleno en una dentadura que se adivina perfecta, una sonrisa digna de embellecer las vitrinas de cualquier museo.

Es entonces cuando reparo en ello. Y apenas doy crédito a lo que veo. La sonrisa desaparece del rostro de la chica y de pronto todos parecemos detenidos en un gesto durante un segundo inacabable, un segundo en el que se precipita todo el tiempo del mundo. Allí está nuestro jefe, observando la estela con su entusiasmo contradictorio, sosteniéndola ante su pecho como una coraza que debiera de protegerlo contra las armas de la noche que viene. A su lado hay un reloj que brilla como un espejo, un martillo y un cincel que podrían pasar por armas, y un cepillo que es fácil confundir con un peine. Más abajo yace el trabajador herido, tendido en su lecho, junto a esa novia que al posarse las manos en la cabeza parece sufrir una desesperación conmovedora, mientras los dos gatos duermen a sus pies sin presentir quizás que la noche, como una cola de novia, vendrá adherida a otra noche todavía más larga y misteriosa. Y todos los demás operarios, los que van pasándose de mano en mano los restos de tierra que no nos interesan, parecen de pronto asidos entre sí, como si estuvieran ejecutando alguna danza antigua por el héroe que muere. Y yo mismo, en el centro de todo, tirando de un carro.

Me da miedo incluso pensar estas palabras, porque temo estar combinándolas según las reglas de un idioma que dentro de un segundo sería incapaz de comprender, hecho de sonidos que desde hace siglos el mundo no escucha. Pero, en efecto, es como si hubiéramos devuelto a la luz una imagen de nosotros mismos, labrada sobre la piedra, que quizás algún día vuelva de nuevo al arropo de la tierra, para que otro hombre la descubra y sienta la sorpresa y la agonía de que el tiempo es un espejismo doloroso que se alinea a lo largo del camino para reflejar eternamente los mismos rostros. Una fantasía que sólo existe porque alguna vez, nostálgicos de lo que fuimos, o simplemente intuyendo —muy de lejos— que fuimos lo que somos, nos empeñamos en sacar de las sombras, solitarios y trágicos, para reencontrarnos.



Julia Martín Ortega

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Baco en la plaza

De repente el grito se extinguió. Oí el final de mi grito. Los alaridos que había escuchado a mi alrededor no eran los de mis soldados, eran los de mi propio eco rebotando contra los muros del ayuntamiento. La boca seca con costras de saliva en la comisura de los labios. El cuello rígido. Sabía que no podía mirar hacia atrás, pues cualquier movimiento que desviara mi vista de alguno de los ventanales del ayuntamiento podría significar un disparo en el pecho. Sin embargo, sin tener que mirar ya sabía que no habría visto a nadie. Detrás mía no había nadie, ni Ballesteros, ni Hans, ni Zurrumendi, ni el pequeño Lomas, ni Vincent. No estaban. En ese momento me di cuenta de que el trayecto entre los últimos árboles y la zona adoquinada, había sido, fuera de mi grito sordo, un silencio. Yo era el único que gritaba, porque era el único que avanzaba. Estaba solo, solo en medio de la plaza. Con el blanco reflejo de los muros abrasándome las pupilas.

No estaba solo en medio de la plaza, estaba totalmente solo frente al enemigo, mis soldados no me habían seguido. Ninguno había irrumpido en la plaza. Sentí como si mis rodillas fueran a deshacerse; como si fueran de arena, incapaces de sostenerme.

Y entonces, cuando sabía que tenía que emplear los siguientes segundos en salvar mi vida, entonces, ocurrió la cosa más absurda. Ocurrió que me acordé de Baco. Baco o Dionisio, originariamente dios de la vegetación, espíritu de la savia de las plantas y del jugo de los frutos, de la fecundidad animal y del vino. Pero no de un Baco cualquiera, sino de una máscara de Baco que se encontraba en el museo arqueológico de Córdoba. Había ido montones de veces con mi padre. A mi padre le gustaba tomarme en brazos y enseñarme las piezas del museo. Pieza 27.749. Baco c/Angel de Saavedra.

Aquél no era un Baco cualquiera. Siendo niño pensaba que aquel Baco no encajaba en el conjunto de la vitrina en la que estaba expuesto. No se parecía en nada a las otras representaciones báquicas que lo acompañaban. Mi Baco desentonaba en aquella troupe de bacantes, hércules báquicos y faunos. Tenía la boca desencajada, entreabierta, dos cuernos unidos en la base como si fuera un unicornio partido en dos desde arriba. Ese pensamiento idiota me asaltó justo cuando me encontraba en medio de la plaza, a pecho descubierto.

Sentí que la sangre se me agolpaba en las venas a la altura de las sienas; un acceso de sangre palpitando de manera simétrica bajo mi casco azul. Seguro que usted ya ha sentido alguna vez como si un pequeño corazón se le instalara en el pulgar de la mano. O en el cuello. Pom-pom, al ritmo del corazón. Pom-pom. Yo tenía esa sensación percutiéndome en paralelo a cada lado de mis ojos, mientras el sudor me recorría el cuello y los hombros hasta juntarse con el sudor de mis axilas. Seguro que la media luna mojada en el uniforme bajo mis brazos ya no era tan perfecta.

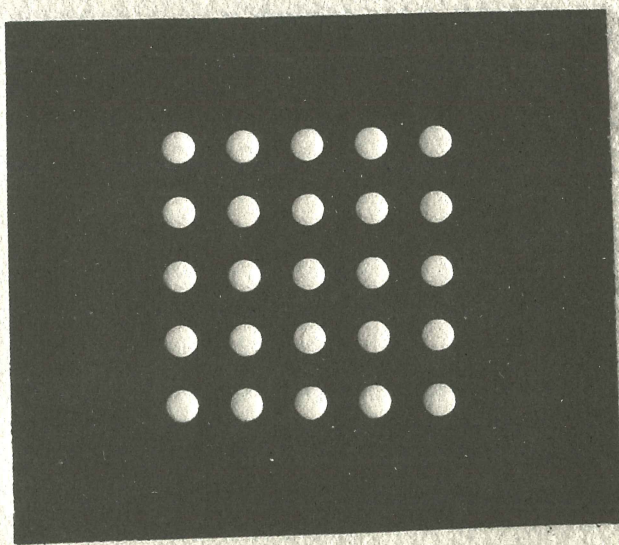
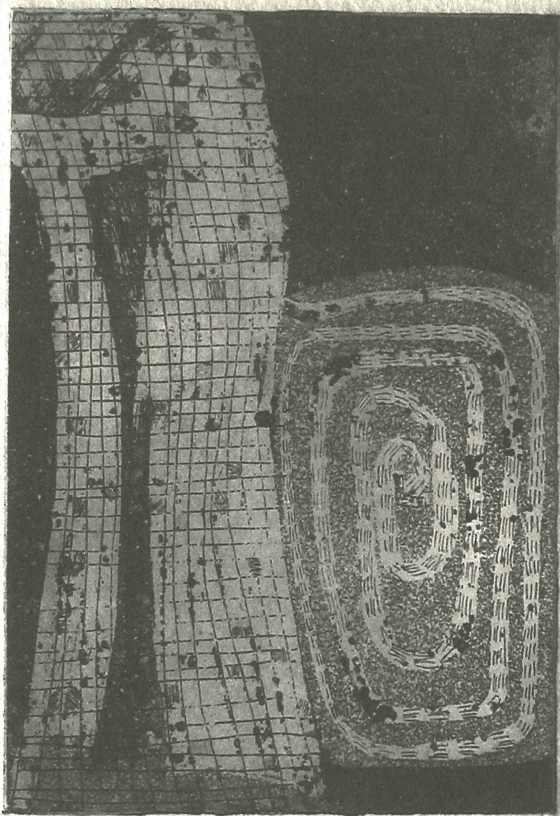


Cuando entraba en el museo me retenía para no ir directamente a verlo. Remoloneaba un poco por las otras salas, pero al final siempre iba corriendo a observarlo. Me preguntaba a qué correspondía su expresión ausente y poderosa. No lo entendía y lo estaba entendiendo entonces. Comprendí el dibujo de la máscara de Baco, comprendí que yo mismo debía tener, en ese momento, su misma mueca de sorpresa y de espanto.

La máscara de Baco tenía, como yo, demasiado miedo ante un enemigo invisible pero cierto. Tenía miedo y evitaba ser consciente. Como una especie de anestesia instantánea, el relajo ante lo ineludible. El descanso infinitesimal de la batalla, cuando es demasiado tarde para esconderse y se acepta no pensar.

Me imaginé a mi mismo como la máscara, con los ojos huecos y sin embargo la mirada llena, llena de estupefacción. Sin saber qué hacer. Perdiendo un tiempo que no tenía en pensar en Baco. Yo era como Baco. Baco en medio de la plaza. Un punto negro en una plaza blanca el blanco perfecto para un disparo.

Mientras caía abatido por el disparo, no pude evitar sonreír. Sonreír con el pensamiento, ya que tenía la boca destrozada. El tiro me había penetrado de izquierda a derecha, separando mis maxilares. Sonreía porque me acordaba, al caer hacia atrás, que la máscara de Baco también estaba rota por ese mismo lugar. Me lo dijo mi padre: la habían pegado con un pegamento especial que usan los arqueólogos. Pensé que quien viniera a recogerme vería lo mismo que había visto quién encontró la máscara. Y sonreí con el pensamiento mientras me moría. Para mí no habría pegamento.



P/A "geometricas poéticas" Jantón

Teresa Morales Rodríguez

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

# Singular hallazgo en el Museo Arqueológico de Córdoba

*Diario Local- T. M. - Córdoba*

*La dirección del Museo Arqueológico de esta capital dio a conocer ayer el descubrimiento de un pequeño tesoro escondido en una hendidura de un brocal islámico perteneciente a la magnífica colección que este museo posee, expuesta en la segunda planta del edificio, dedicada al arte árabe. El conjunto que el visitante puede contemplar, está compuesto de una veintena de brocales fechados en distintas épocas, que comprenden desde el período califal hasta los siglos XIV-XVII. Algunos de estos ejemplares han estado en casas cordobesas hasta hace pocos años.*

En la noche luminosa y cálida de agosto, Agharé aspiró el perfume de los jazmines que blanqueaban las arcadas del patio interior. Rumoreaban los naranjos en torno a la alberca central y el agua tintineaba por los canalillos que bordeaban el estanque. El corazón le latía tan aprisa que apretó su pecho con las manos morenas, temerosa de que llegara su gozoso latir a las celosías de las altas ventanas. Era feliz. Los esporádicos encuentros con su amado la llenaban de gozo y las arriesgadas incursiones hasta las lujosas estancias por patios y pasillos en penumbra, fundida con las sombras, volando sobre sus pies desnudos, aumentaba su felicidad.

*Aunque el brocal tiene un sentido eminentemente práctico, pues su finalidad es servir de protección y ayuda en la tarea de extracción del agua, los aquí expuestos presentan rica decoración.*

*Destacan dos piezas de mármol (s. X-XI), una de los cuales –que pudo estar situada en el patio de la Mezquita Mayor- está constituido por un bloque de mármol de una pieza ahuecado en forma octogonal y tallado en la embocadura.*

*Los restantes ejemplares son de cerámica con molduras de media caña en la boca y en la base para aumentar su resistencia. Sorprende, entre estos, un brocal con vistosa decoración figurativa de arcos, motivos geométricos y animales, con restos de vidriado en verde.*

Una brisa caliente y olorosa levantó las ramas de la celinda y en la oscuridad brillaron los zarcillos de la esclava con temblores de estrella. Agharé los acaricié con sus dedos oscuros y sintió el frío del oro y la redondez suave de las perlas. Regalo de su señor, como las sortijas que aprisionaban sus dedos y la gargantilla que ajustaba su cuello de ébano. Regalo de un príncipe a una princesa negra.

- Tu eres mi princesa – decía cuando la acunaba en sus brazos. Pero Agharé sabía que ella era solo una esclava negra, muy bella, que enloqueció con su cuerpo de gacela y sus ojos de carbón encendido a Ishama - ben - Amid, el prometido de Sulaima, su ama, la princesa más joven del harem, favorita de su padre, el califa. Y Sulaima era cruel con sus servidores. Sintió frío en la espalda y un velo de sinsabores apagó el fuego de sus ojos.

*Fuentes allegadas al Museo explicaron que el hallazgo tuvo lugar a raíz del traslado de la colección mencionada a otras dependencias por causa de las obras de ampliación y acondicionamiento a que está sometido el palacio del siglo XVI que alberga este Museo.*

*El brocal donde se encontró el tesorillo, de origen desconocido, está fechado en época califal y presenta decoración con técnica de cuerda seca parcial y grabado a tres bandas: superior con motivos vegetales, central con decoración gráfica e inferior con motivos geométricos. Presenta numerosas grietas, algunas grapadas por la parte interior con lañas de hierro y otras cubiertas con mezclas arcillosas.*

El cielo blanqueaba cuando Agharé se levantó y cruzó el patio como una sombra alada. Allá en un rincón, sombreado por la parra, estaba el pozo. Agharé se agachó y sus dedos buscaron en la base del brocal. Allí en la profunda hendidura introdujo sus pequeños tesoros y colocó un tiesto delante.

- Mañana taparé la grieta. Algún día, con estas joyas, podré comprar mi libertad.

*El mencionado brocal sufrió daños en las maniobras de traslado que afectaron las grietas de su base desprendiéndose en algunas la mezcla que las cubría y dejando al descubierto una profunda hendidura donde se encontraron - incrustadas - las joyas.*

*En conjunto, y siempre según fuentes del Museo, el tesoro consta de un par de zarcillos de oro afiligranados con pequeñas perlas, dos sortijas de oro labradas con versos del Corán y una fina gargantilla con colgantes, también de oro.*

Cuentan las esclavas del palacio entre susurros poblados de suspiros que una noche ventosa de septiembre cuando los jazmines cubrían de blancas estrellas el empedrado del patio, Agharé apareció muerta junto al pozo. Un agudo estilete con empuñadura de plata atravesó limpiamente su corazón. Sus ojos miraban con sorpresa el cielo nuboso y en su mano derecha, fuertemente apretada, encontraron un colgante de turquesas.

*Las piezas están siendo estudiadas para determinar todo lo relativo a su autenticidad histórica.*

Alberto de la Rocha Muñoz

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Nácar

Hoy, como casi todas las semanas desde hace dos años, he venido al museo después del trabajo. Me tranquiliza, me ayuda a pensar. En la oficina empiezan a no ocultar sus burlas, lo noto a mis espaldas, aunque sólo me digan: ¿Otra vez al museo, señor comisario? Debe sabérselo ya de memoria. Pero necesito este paseo. La cara de ella parece exigírmelo desde la foto que no he querido quitar de la pared de mi despacho a pesar de que el caso lleva meses estancado. Esos ojos suplicantes, la melena lacia, triste, cogida por esa horrible flor blanca del vestido de primera comunión.

Vengo porque me tranquiliza la quietud de este pequeño estanque con nenúfares y peces rojos; me tranquiliza pasear entre las estatuas amputadas por los siglos y los majestuosos capiteles trancos de este patio donde el insufrible calor cordobés parece no atreverse a penetrar, como si respetase por alguna inexplicable razón este santuario del tiempo; me tranquiliza la minuciosidad de estas vitrinas con diminutos ídolos y diosas de piedra, con herrumbradas puntas de flecha, con útiles para coser, para cortar, para cazar, donde no cabe el desorden de algo sin datar, sin origen, irresuelto.

Pero vengo también porque él trabajó aquí durante varios años, hasta que la investigación nos llevó a su casa, al armario de su habitación, donde encontramos la extraña maza de dientes triangulares llena de sangre seca. Era la sangre de ella, de la chica desaparecida. Hicimos la prueba, la comparamos con la de sus familiares, y no había duda. Yo mismo vine a detenerlo al museo.

Me resulta inconcebible que un individuo culto, universitario, que trabaja como especialista en un museo arqueológico, sea capaz de matar a una chica, casi una niña. Por eso vengo a pasear por estas salas por donde lo hizo el asesino innumerables veces, para intentar entender las motivaciones de un acto tan atroz. Vengo para intentar entender pero también vengo con la absurda esperanza de que estas piedras toscamente talladas y estas figuras sin brazos y estas losas funerarias me digan dónde está el cuerpo de ella. Porque su cuerpo nunca apareció. Y sin cuerpo no hay delito. Y el hijo de la grandísima puta no confiesa qué hizo con él.

¿Cómo es posible que desaparezca un cuerpo entero \_esos ojos suplicantes, la melena lacia, triste\_? ¿Cómo es posible deshacerse de él, destruirlo, ocultarlo, sin que exista ningún rastro que ayude a localizarlo?

Cuando entro en la sala III el vigilante me saluda, me llama comisario. Otra semana más. Leo en su mirada un brillo de conmiseración, piensa que me he vuelto loco. Y no estoy seguro de que no sea así.

Me inclino sobre la tapa transparente que cubre uno de los sarcófagos y entonces, en el cráneo que yace en el fondo, descubro con paralizado asombro la marca de unas hendiduras triangulares en el hueso frontal.

El vigilante salta de su silla cuando grito: Te tengo, ya te tengo, bastardo.

MAGDALENIENSE



FIG. 19: Magdaleniense II  
(Sonneville-Bordes).



Ramón Rodríguez Pérez

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

# A.FRO.DI.TA (Del arte como terapia)

*"Y sobre todo ese calor por dentro, esa felicidad de los museos"*

J. Cortázar

Estimado doctor:

Creo que estoy curado. Aunque siento comunicarle que la medicación que supuestamente debió paliar mi disfunción eréctil no dio resultado, sin que eso quiera decir que reniegue de la Urología y, por extensión, de la sacrosanta Medicina. El milagro ha llegado de la mano del Arte, o de la Belleza, o como quiera llamársele. Paso a relatarle lo que sucedió, por si tiene a bien publicarlo en alguna revista médica de prestigio.

Con mi jubilación llegó todo el tiempo libre del mundo para la felicidad, pero también el maldito problema por el que acudí a su consulta. La química por usted recetada dio resultado un tiempo, pero pronto dejó de ser efectiva. Yo no quería desanimarme y busqué remedios alternativos: psicoanálisis, homeopatía, acupuntura, taichí, risoterapia, budismo zen... Todo intento fue estéril, aunque seguía convencido de que muchas veces este tipo de problemas tienen un componente psicológico bastante fuerte. Así bucé en mi interior, tratando de sondear mis instintos más salvajes, de encontrar la llave que abriera la espita de mis pasiones más ocultas, de buscar estímulos en definitiva.

Yo venía sintiendo desde hacía algún tiempo ciertas inclinaciones de tipo erótico-sensual por la estatuaria clásica. Supongo que no deja de ser otro tipo de perversión o inclinación morbosa. A mí siempre me gustaron las mujeres de tez pálida y cuerpos blancuzcos y sin broncear, y, la verdad, unas buenas

posaderas de blanco mármol, ya fuera de Paros, de Carrara o de Macael me solían poner a cien. Mi revista erótica por excelencia nunca fue Play Boy o similar, sino una buena enciclopedia o un folleto turístico del Museo Capitolino romano, del Louvre o de las portentosas colecciones del Vaticano, allí donde se pudieran contemplar las damas pergeñadas por el cincel de Fidias, Scopas, Milo o Praxíteles. Entiendo que esto pueda considerarse una aberración o una falta de respeto al panteón pagano, pero cada uno tiene sus vicios inconfesables y la geografía del placer – ya sabe usted – es muy extensa.

Así empecé a peregrinar por los templos de la Belleza en busca de mi ansiada curación. Aprovechando los descuentos que por mi edad se ofrecen para poder viajar, hice turismo cultural, que en mi caso era lo mismo que decir turismo sexual: Roma, París, Londres, Atenas..., allí donde yo pudiera enervarme con el mármol blanco y rosado de mis ansiadas diosas del placer, allí iba yo en busca de placenteras vibraciones.

Al principio quedé prendado, como todo el mundo, de la famosa Venus de Milo por su serena belleza, aunque más tarde la sustituí dentro de mis preferencias por otras afroditas helenísticas concebidas en actitudes más excitantes, así la Venus Anadiomene del Louvre, o la exquisita Venus Calipigia del Museo de Nápoles. En Florencia descubrí a la increíble Venus de Médicis y en nuestro más cercano Museo del Prado admiré a la Venus del Delfín. Ah, todas ellas maravillosas...

Mi problema fue en progresiva mejoría. Lo notaba por un extraño hormigueo que yo sentía subir por la entrepierna cada vez que me encontraba enfrente de alguno de aquellos prodigios artísticos, algo que no sucedía en la misma medida al contemplar una simple fotografía de catálogo. En vivo, la piedra blanca me provocaba vívidas sensaciones de blandura que no tenían nada que ver con lo que ofrecía el papel ni otras zarandajas virtuales.

Y, un día ocurrió el milagro. Sucedió en Córdoba en un pequeño viaje de fin de semana. La “culpa” la tuvo una despampanante señora con número de inventario 31.626, una Afrodita agachada, reposando sus glúteos de grano fino sobre un pato descabezado. Tan erótica postura provocó que mi escasa y maltrecha testosterona tuviera un resurgir inesperado, algo que no había provocado antes nada ni nadie. Esos sensuales michelines y esos muslos de vértigo se acercaban más a mi prototipo de belleza femenina, aquella que se regodea en la excitante ampulosidad. A ojo de buen cubero muy posiblemente aquella Venus usara la talla cuarenta y dos o cuarenta y cuatro, algo atípico en la talla clásica. Bien es verdad que casi todas suelen ser concebidas con gran generosidad de curvas, pero aquella rebasaba los límites más o menos estipulados en los cánones y eso a mí particularmente me encantaba. No voy a entrar en detalles de lo que sentí al contemplar aquel ombligo sumiéndose en el piélagos de aquellos pliegues marmóreos, aquellos senos firmes y turgentes... esas imperfecciones en su cara no sé si fruto de antiguos martillazos pero que la habían dotado de un encanto especial, ya que – ¡ah, hados del azar! - debo decir que también me seducen poderosamente las mujeres chatas y, aquella, sin nariz alguna, colmaba todas mis expectativas. Aquella actitud, aquellos volúmenes obraron la maravilla que no había logrado ni la medicina oficial ni la medicina alternativa.

Después de aquello me resulta muy difícil alejarme de esta ciudad. He conseguido a duras penas una foto de ella, la cual ahora ocupa un lugar preferente en la pared de mi cuarto, en detrimento de mi hasta hace poco veneradísima e insustituible Jennifer López. Esta dama alimenta con creces mis pulsiones más íntimas: tan callada, tan lúbricamente imperfecta. Sí, doctor, esta maciza se ha convertido en mi obsesión, mi pecado, la luz de mi vida, el fuego de mis entrañas...

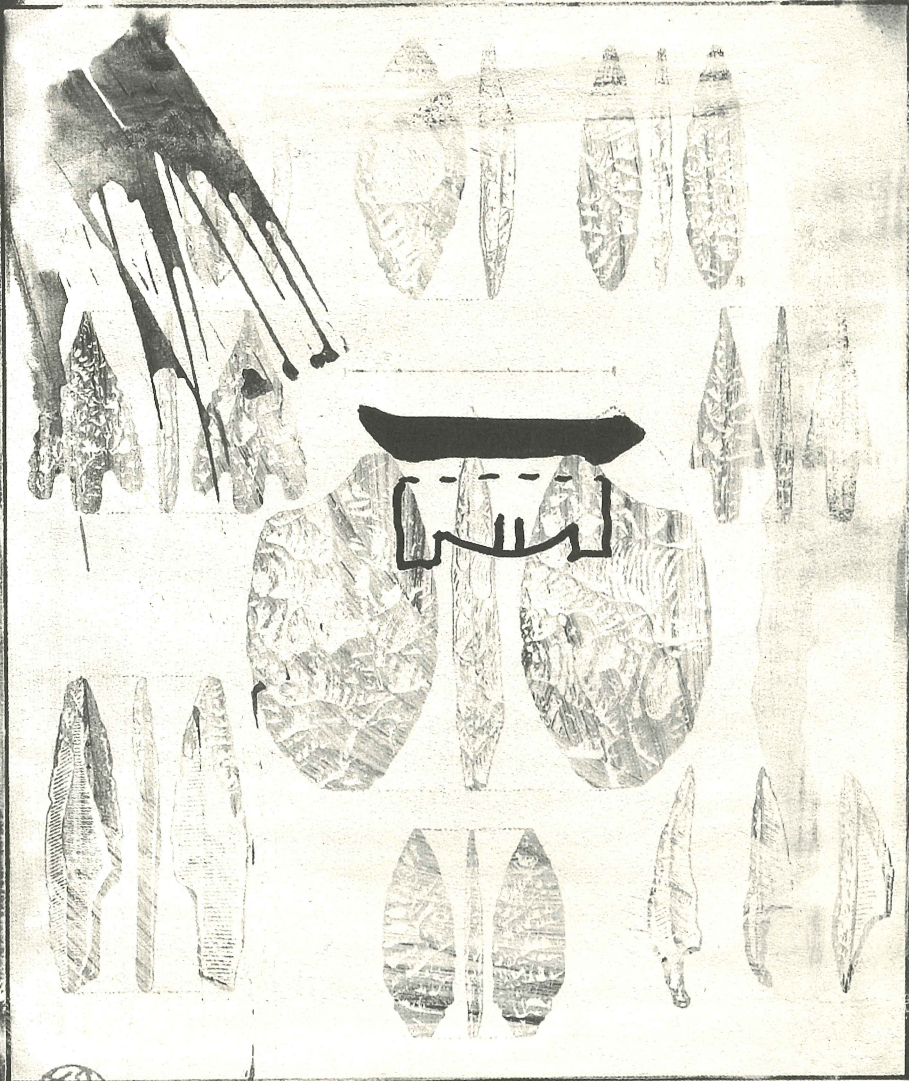


FIG. 36: Parpalló: Solutrense  
(Pericot).

# El Apocalipsis del último druida apócrifo

*"Guardar un secreto es tarea de sabios"*

*Libro Rojo de Hergest*

Hará unos once años atrás, yo era una de las mentes más preclaras de toda Europa central, no en vano, supe descifrar correctamente el sánscrito que conformaría el sustrato ideal de nuestra lengua original, el protoindoeuropeo, y ayudé a catalogar y traducir las primeras inscripciones arqueológicas que albergó el museo de Austria. Gracias a mi capacidad analítica y a mi intelecto, fui seleccionado por el gobierno austro-húngaro junto a otras 15 personas para llevar a cabo la épica tarea de salvar a nuestra patria, yo, Johannes Fraunhoffer, un viejo amante de las lenguas de nuestra memoria.

En unos escritos que destruyó el fuego, Heráclito de Éfeso, proclamó la dialéctica como único camino posible para la consecución de una nueva realidad, de una nueva síntesis, que permitiera evolucionar al ser humano. La lucha de contrarios y la guerra y la muerte encerrarían la armonía que justifica y determina el devenir del mundo. Un nuevo imperio supone una nueva concepción del espacio y del hombre que ha vivido invariablemente junto las tumbas de sus antepasados y en 1867, con el nacimiento del dualismo austro-húngaro bajo el mandato del emperador de Austria y rey de Hungría, Francisco José, se hizo patente esta realidad. Una sola religión o un mismo sistema de pensamiento

puede resultar insuficiente para justificar la existencia de un soldado de Genghis Khan momentos antes de derramar su sangre y al mismo tiempo la de un poeta anglosajón del siglo XVIII que imaginase la feroz simetría de un tigre; sin embargo, todo corazón humano anhela supeditarse al soborno celestial de un paraíso futuro, de una armonía divina, de un anhelo que libere nuestro espíritu y muchos morirían por ello. Yo fui uno de ellos, yo fui un mártir. Me lo exigió mi patria, me lo dictaminó mi alma y me lo impuso la esperanza.

Hoy, cuando sé que pronto me alcanzará la muerte, sólo pretendo desvelar el nombre del asesino que destruyó aquel sueño y que, invariablemente, también acabará conmigo. Él, de alguna forma, fui yo; él fue mi reflejo.

Con la constatación del dualismo, el imperio supo necesario preservar el equilibrio nacional y espiritual y se eligieron a 16 nombres que postulaban principios contrarios aunque necesarios para la evolución armónica del estado y de sus individuos...

...De esta forma, mi intelecto y, por qué no decirlo, ascética existencia, chocaba con la azarosa y fulminante vida de mi contrario, M. Wunsch, dedicado al asesinato y al robo, por lo que ambos fuimos establecidos como la pareja de contrarios que conformábamos una de las unidades requeridas: aquella compuesta por la acción y la contemplación del ser humano. Y así, catorce miembros más, catorce modelos ideales, de esta secta secreta nos encontrábamos dispersos por toda nuestra geografía con el fin de preservar, de justificar de manera anónima, la existencia inconstante y variable del resto de los ciudadanos. La locura del hombre que destruyó a los componentes del grupo y que pronto me hará desaparecer, acaeció felizmente al unísono del declive social y político, ya cerca del año 1878.

Nuestro credo, vinculado al de Mitra en tanto que ambos postulaban el nacimiento del hombre a partir de la sangre, a partir de la guerra, se fue deshilvanando paulatinamente. Sabía que si confesaba la verdad, nadie me creería, así que cavilé sobre la forma de preservar nuestra historia para que fuera comprendida por las civilizaciones futuras y no volvieran a caer en la demencia que habíamos caído: nosotros, que nos creímos capaces de imitar la armonía divina.

Salí a la calle y recordé a los sacerdotes egipcios dictaminando preservar su sabiduría en el vicio del tarot, pues la naturaleza del hombre no destruye lo que es semejante a ella; pensé en la creciente afición contemporánea por la historia y en cómo serían violados sus principios. Alcé la vista y contemplé un roble, mientras recordaba a los antiguos druidas, escribiendo en sus cortezas y esperando a que otro las leyera.

Dado que nuestro credo había formado parte de la memoria del mundo, decidí encontrar un lugar geográfico propicio para salvaguardar nuestro secreto, el mito del dios Sol que hace nacer a los hombres de la sangre de un toro. Pasé con mano trémula las páginas del atlas y me detuve en la imagen de la peninsular del sur de Europa: en ella contemplé la piel del toro de Mitra. Corrí al museo arqueológico de Austria y junto a un equipo confeccioné una estela: un guerrero con un espejo y unas armas que simbolizaban nuestra lucha pasada y nuestro reconocimiento; un cadáver que constataba nuestro porvenir; y unos animales que referían la adhesión a Mitra constituían la imagería central. El asesino que me eliminaría lo oculté en una figura geométrica similar a un peine, tras las líneas del alfabeto Ogham, tras la escritura de los druidas.

Javier Serena Garralda

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## Pedro Quesada, el escultor

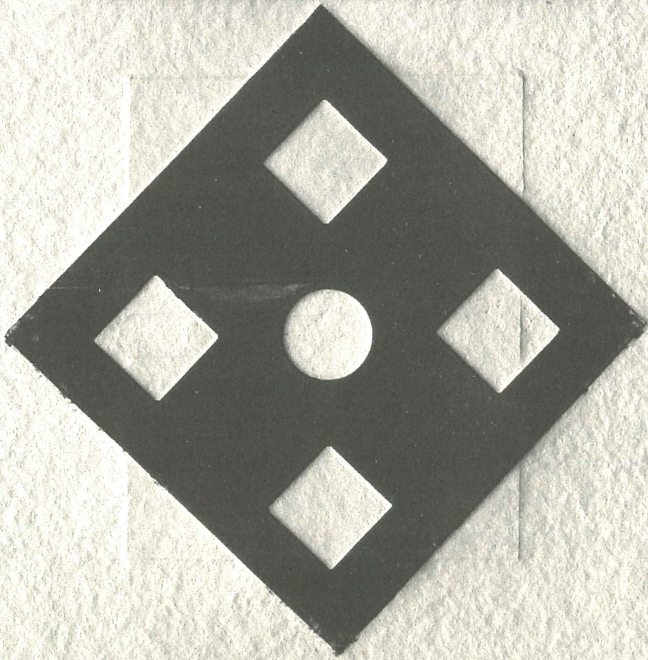
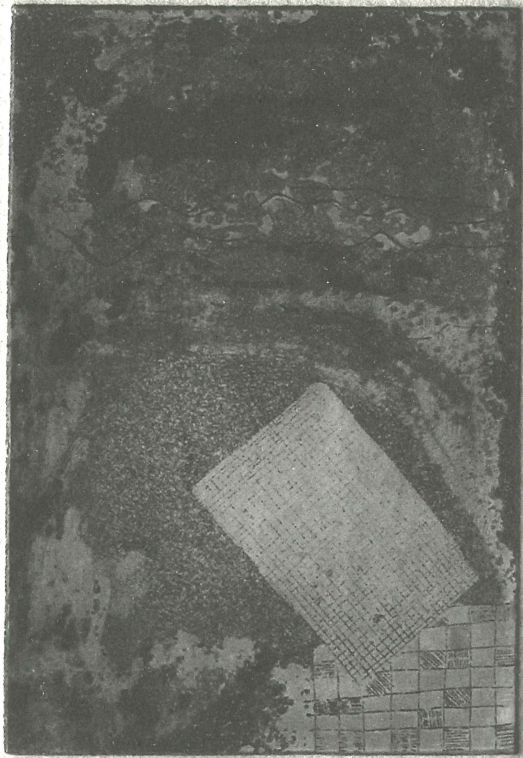
Las esculturas del Museo Arqueológico de Córdoba parecían recluidas en un ámbito propio. Sobre toda a primera hora de la mañana, cuando la luz era más limpia y cruda, y el estatismo de las figuras más acentuado, como si acabaran de incorporarse a la posición que les había sido asignada. Habían sido labradas varios siglos atrás, por los tiempos en que la ciudad fue un enclave fundamental del Imperio Romano, y la mayoría tan sólo eran simples reproducciones de las piezas realizadas por los grandes maestros griegos. Pedro Quesada fue el artífice de muchas de las copias que ahora reposaban en el museo. Era un hombre ensimismado y laborioso, metódico hasta la exasperación, que se aplicaba en aquella tarea con el mismo entusiasmo con que se hubiera entregado a la producción de una obra original. “Las rocas tienen ánima”, solía decir. “Basta con trabajarlas también por dentro, con entrañas y corazón, para que despierten de su letargo”. Sólo la perfección de su labor, la exactitud con que trasladaba al mármol las líneas y los gestos de las figuras griegas, y la expresión casi humana que cobraban todos los bloques moldeados por sus manos, explicaba los prolongados intervalos de tiempo que separaban una entrega de la siguiente.

La técnica empleada por Pedro Quesada era tan extravagante que muchos de sus coetáneos lo tomaron por un loco. Además de reproducir una por una todas las formas externas, y de hacerlo con tanta pericia y tanto ingenio como sus predecesores griegos, complementaba la efigie con los atributos propios de



un hombre de carne y hueso. De tal forma que, por fuera, sólo era una réplica fiel del modelo, pero por dentro tenía el mismo aparato digestivo y el mismo sistema respiratorio que cualquier hombre de la época. “El origen es uno y el mismo”, argumentaba Quesada. “Todo brota de un puñado de arcilla”. En efecto, persuadido de que el ejercicio del arte no es una potestad humana, ni divina, sino una mera condición de la naturaleza, sembraba las vísceras de las estatuas con puñados de tierra fértil y con semillas de naranjos y madre selvas, y regaba los pies de mármol durante los tres meses siguientes al día en que daba por finalizada la obra.

Los últimos años del escultor estuvieron marcados por la pobreza y la adversidad. Fue rechazado por todos los mecenas del Imperio, y hasta repudiado por sus colegas, porque consideraban que la lentitud con que trabajaba era producto de un capricho personal que no contribuía a mejorar el resultado. Pedro Quesada, al contrario que sus compañeros de gremio, no evaluaba la calidad de una copia por la mayor o menor similitud que guardara con el original. Todo dependía para él de las condiciones atmosféricas en que se encontraba la obra durante el período en que brotaban los primeros tallos. A partir de entonces, cuando caía la noche, las esculturas, ya emancipadas por completo del creador, abrían los ojos de par en par, se bajaban del pretil y vagaban su existencia secreta y eterna hasta que llegaba la hora del amanecer.



P/4 "Geometric pattern" F. Fischer

**María Zaragoza Hidalgo**

2 CONCURSO DE RELATO BREVE DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO Y ETNOLÓGICO DE CÓRDOBA -FINALISTA-

## El pito del sereno

Y, claro, allí estaba yo en mitad del museo, en Córdoba, ciudad que nunca había visitado, con mis ojeras de recién levantada en injusto madrugón excursionista, parada delante de la figurita que rezaba “Hermafrodita”, y pensando, “y un cuerno, qué va a ser hermafrodita, lo que está es castrado como un pollo, aparte de manco, porque desde que la de Milo puso de moda lo de los brazos, los romanos y los griegos difuntos no ganan para amputaciones”. El chico que venía conmigo reía señalando el hueco dónde debería haber ido el pene, pero que, en su lugar, aparecía descascarillado y un poco triste.

Pero el colmo de los colmos fue cuando cambiamos de urna y vimos la figurilla de Priapo con aquella enormidad entre las piernas. Es más, no existía distinción entre las piernas y lo que colgaba entre ambas. Y al pobre aquel, bailarín tan guapo y tan inválido de santas partes, tuvieron que ponerle de hermafrodita perdido para que el personal no le tomase por el pito del sereno. Qué difícil es la vida de la reliquia.

escritura número ciento trece. En la ciudad de Mercedes, Provincia de Conicentis, el día veintidós de Mayo de mil novecientos veinte, ante el Jefe de la Municipalidad y testigos que suscribieron, reunidos en la Casa Municipal siendo las diez y cinco minutos el Sr. Ministro Secretario en la Cartera de Justicia don Manuel Cabral hijo, el señor Rafael Flores y los señores miembros del Consejo Municipal liberante, don José P. Bianchi, don Juan P. Ubago, don Cayetano Barbosa, don Domingo Requena, don Pedro M. Curdomo, don Juan H. Flores y don Napoleón C. Simón el señor Ministro expresó: Que en cumplimiento del decreto número trescientos y uno de fecha cinco del corriente mes, declara que por su disposición del cargo de Intendente Municipal de la ciudad de Mercedes al ciudadano don Rafael Flores. Dejando así terminada el acto, firma por ante mí y testigos señores don Susana hijo y don Fernando Balbino vecinos, hábiles, doctos. M. Cabral (h). Rafael Flores. José Bianchi. D. S. Requena. H. Flores. Cayetano Barbosa. Juan P. Ubago.